

Á la llegada de aquella expedición, la nueva del arribo de los hombres blancos se propagó en breve por todas partes, comunicada por los atalayas indios que se hallaban apostados á lo largo de la costa. La publicidad de esta noticia se extendió pronto en el país; un castellano la supo en Chinantla y se puso desde luego en camino, presentándose antes que ninguno de sus compañeros, en el barco donde venía el Lic. Ayllon, que fué el primero que llegó á San Juan de Ulúa. Después se presentaron: Cervantes el chocarrero, Escalona el mozo, y Alonso Fernández Carrero, quienes bien recibidos y agasajados por Narváez, le informaron del estado y condiciones del Imperio, y le dieron pormenores acerca de Cortés y sus hazañas.

Se ha dicho ya de qué modo fué informado Moctezuma, del arribo de las naves. El monarca dió inmediatamente órdenes á los señores de la costa, para proveer de bastimentos á los nuevos teules, y con sigilo envió algunos nobles para cumplimentar á los blancos y entregarles el acostumbrado regalo de joyas y mantas. Recibió Narváez la embajada y el obsequio, y respondió agradecido dando malos informes sobre Cortés, prometiendo á Moctezuma su libertad y remitiendo algo de los rescates que traía de Castilla. Lleno de júbilo Moctezuma, despachó nueva embajada y regalos, reiterando sus disposiciones en favor de los nuevos teules.

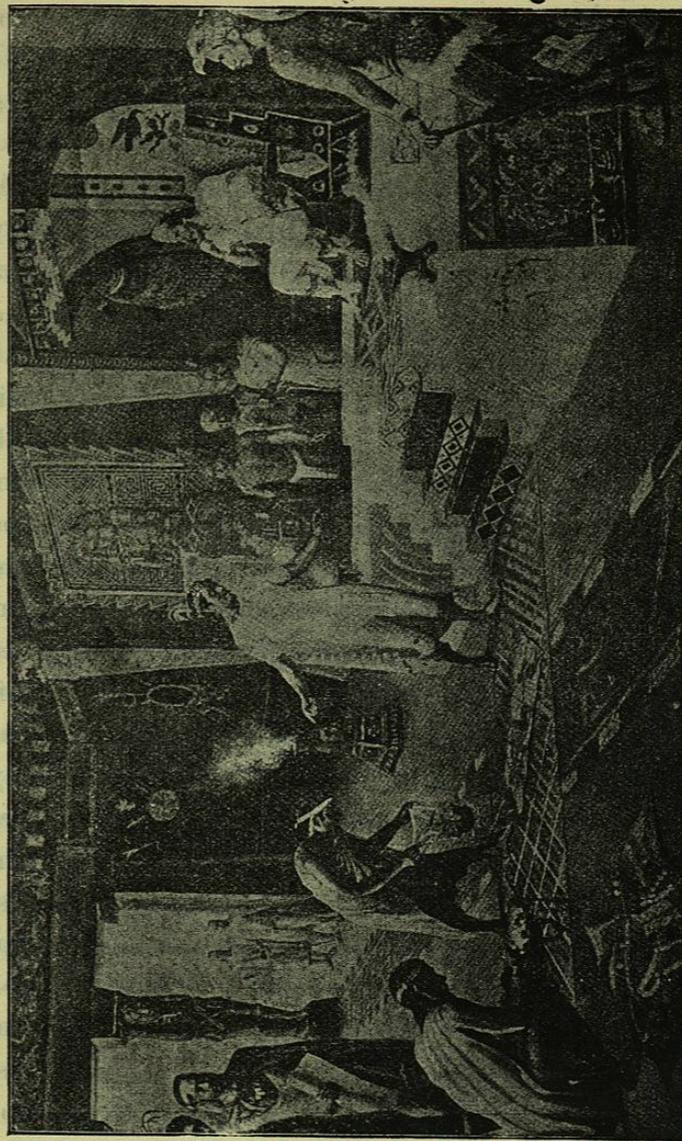
Narváez comenzó entretanto á poner en ejecución

sus propósitos. Mandó un correo á Juan Velázquez de León, su cuñado, que iba para Coatzacoalcos, y con dicho correo le despachó una carta avisándole su llegada é invitándole para ir á su lado. Velázquez de León, en vez de contestar la carta, remitióla á Hernán Cortés y, con los hombres que llevaba, retrocedió en su marcha para incorporarse á las fuerzas del general.

Con objeto de someter á los de la Villa Rica, entregó Narváez las provisiones que traía de Diego Velázquez, al presbítero Juan Ruiz de Guevara, al escribano Alonso de Vergara y á un hidalgo cuyo nombre era Pedro de Anaya, ordenando que se les reunieran tres personas que debían servir como testigos. La entrevista de los enviados de Narváez, con Gonzalo de Sandoval, teniente de Cortés, nada tuvo de pacífica. El razonamiento y la porfía de los enviados para leer las provisiones é increpar la conducta de Don Hernando con Velázquez, despertaron el enojo de Sandoval, hombre de genio violento, quien se apoderó de los mensajeros, y tanto á Vergara como á Ruiz de Guevara y Amaya, los remitió *por la posta* hasta Tenoxtitlán, siendo el envío más original y peregrino que registra la historia de los correos en nuestro país, y que no hallará muchos semejantes en los correos del mundo entero.

Los soldados de Sandoval metieron á los mensajeros de Narváez, dentro de unas hamacas de red. Bernal Díaz y el Lic. Ayllon, refieren que guardados de

Por lo que respecta á D. Hernando, diremos, que después de los avisos que, con relación á la llegada de los barcos, había suministrado el mismo Moctezuma, no había tenido otras nuevas, antes del arribo de Ruiz de Guevara y sus compañeros á la capital, que las siguientes: á principios de Mayo (1520) se le presentaron unos indios, de los que viven en la costa, para decirle que hacia las Sierras de San Martín habían visto diez y ocho barcos y que ignoraban de quién fuesen. Es preciso hacer notar que, precisamente á la altura de las Sierras de San Martín, fué donde la armada de Pánfilo de Narváez fué sorprendida por una tormenta. Poco después que los indios de que acabamos de hablar, se presentó en México un correo con carta de Alonso de Cervantes, quien se hallaba en la costa con el encargo de dar aviso de los navíos que llegasen. En esta carta se hablaba de un solo barco, que, probablemente, era el de los procuradores. D. Hernando comprendió que no podía ser un solo barco, ya por las noticias de los indios, ya por los lienzos pintados que le enseñó el monarca. Para averiguar la verdad, despachó á Diego García, Francisco Orozco, Francisco Bernal, Sebastián Porrás y Juan Limpias, ordenándoles que se dividieran por los dos caminos que de la costa conducían á México, á fin de encontrar á los mensajeros que de allá vinieran; en caso de no dar con ellos, irían hasta el puerto, donde, vestidos y tiznados á modo de los indios, espiarían á los recién venidos, informándose de



Correos ante Moctezuma.—(Copia del célebre cuadro del Sr. I. Rojas).

cuanto pudiesen, y después regresarían lo más pronto que pudiesen, para dar cuenta del resultado de su comisión.

Andrés de Tapia fué mandado á la Villa Rica para inquirir lo que allí había acontecido.

Se despacharon, al mismo tiempo, correos para Velázquez de León, que había ido á Coatzacoalcos, y para Rodrigo Rangel, que se hallaba en Chinantla, á fin de que se detuviesen en el lugar en que cada uno de ellos se encontraba, hasta nueva orden.

Transcurrieron más de 15 días sin que Cortés recibiese nueva alguna, hasta que vinieron á la corte algunos méxica que traían pinturas, como los anteriores, para presentarlas al monarca. Por éstos se supo que estaba reunida la armada y que habían desembarcado ochocientos hombres. Cortés recibió una carta, é hizo que escribieran otra los concejales de la Villa Rica que, á la sazón, estaban en México, dirigidas las dos al capitán y gente que habían arribado al puerto, dándoles parte de lo acaecido hasta entonces y pidiéndoles por merced que mandasen decir quiénes eran y con qué objeto venían; cuáles eran sus intenciones; si eran castellanos ó no; si tenían necesidades, para remediarlas, y si no eran castellanos, obligándoles con amenazas á reembarcarse.

Las dos cartas, como lo aseguran Cortés y Gomara, fueron confiadas á Fray Bartolomé de Olmedo, respetable varón, como dice el Sr. Orozco y Berra, por su carácter sacerdotal, y hábil y entendido negociador.

Cuando habían transcurrido cinco días después de la partida del religioso, llegó un mensajero á decir á Don Hernando que en las cercanías de la ciudad se hallaban algunos presos que había remitido Gonzalo de Sandoval desde la Villa Rica. Eran el Presbítero Ruiz de Guevara y sus compañeros Vergara y Anaya, quienes llegaron conducidos por el alguacil Solís y veinte españoles.

De todo instruyó á Cortés la carta que le remitió Sandoval; mandó poner en libertad á los prisioneros, los obsequió dignamente, disculpó el procedimiento de su comandante en la Villa Rica, y se informó por medio de los recién venidos acerca de la fuerza de la armada, las instrucciones dadas por Velázquez, los manejos y propósitos de Pánfilo de Narváez, y la organización de su gente y recursos. Guevara y sus compañeros recibieron dádivas en joyas y tejuelos de oro. Don Hernando, que era hábil para conocer á los hombres y mañero en ganar las voluntades, cautivó de tal modo el ánimo de los enviados de Narváez, que según afirmación de Bernal Díaz, «donde venían muy bravos leones, volvieron muy mansos y se le ofrecieron por servidores.» No sólo dieron las noticias apetecidas, sino que entregaron, como ya se dijo, más de cien cartas de que eran portadores, cartas dirigidas á los de la Villa Rica, y que encerraban amenazas para los que permanecieran fieles, y promesas para los desertores.

Habiéndose captado Cortés la amistad de los mén-

sajeros, dejólos volver á Cempoalla, dándoles una carta «conciliatoria y solapada» para Narváez, en la cual recordaba á éste, antiguas relaciones, manifestábale extrañeza por su conducta, y pedíale que si traía provisiones reales, acudiera á presentarlas ante el Ayuntamiento de la Vera Cruz y ante el mismo Cortés, á efecto de darles el debido acatamiento; se excusaba, además, de no poder ir á verle, porque no debía dejar la ciudad para no abandonar al señor que tenía preso. Escribió también Don Hernando al Lic. Ayllón, al secretario Andrés del Duero y á otras personas, acompañando las buenas palabras de «cosas más sustanciosas como joyas de oro.»

El mismo día de la salida de Guevara, llegó á México un correo de la Villa Rica, dando nuevas de lo acontecido; el tal fué despachado por Andrés de Tapia, que, como es sabido, fué comisionado para ir á la Vera Cruz, á fin de tomar información respecto á los sucesos. Andrés de Tapia, caminando á pie durante el día y por la noche en hamaca, llevada por tamenes, hizo el viaje en ochenta y cuatro horas. A su arribo á la Vera Cruz, supo que los indios, envalentonados por las promesas de Narváez, resistían trabajar en las fortificaciones y acudir con víveres. Para evitar graves emergencias, Sandoval y Tapia resolvieron abandonar la localidad, internándose en la montaña para buscar abrigo.

Cortés resolvió salir al encuentro del enemigo.
Juan Velázquez de León, no obstante la carta que

le dirigió su cuñado Pánfilo de Narváez, reunió la fuerza de su mando y tomó el camino de la ciudad de Cholollan. Igual cosa hizo Rodrigo Rangel, quien se hallaba poblando en la provincia de Chinantla; luego que supo la llegada de las naos, dióle aviso al capitán, y sin pérdida de tiempo se puso en camino con sus hombres, á quienes al arribar al pueblo de Tlaltelolco, exigió juramento de permanecer fieles, tanto á Cortés como á él que era su capitán.

La presencia del Padre Olmedo y del Presbítero Guevara y sus compañeros en el campo de Narváez, si no sirvió para mover el ánimo de éste en favor de un avenimiento con Don Hernando, sí produjo una impresión grata entre los castellanos recién llegados, que contribuyó más tarde al triunfo definitivo de Cortés. Don Hernando dejó la capital muy honrado por el emperador y acompañado de varios nobles méxica, quienes íbanse tornando á la capital en distintos puntos del camino para dar cuenta á Moctehuzoma de cuanto diariamente acontecía. En Cholollan se reunió con Juan Velázquez de León y Rodrigo Rangel, que ya estaban allí con sus huestes: envió una misión á Tlaxcalla, solicitando un socorro de diez mil guerreros que no le mandaron; despachó á Juan González de Heredia con rumbo á Chinantla para levantar gente, y comisionó con igual objeto á Pedro González Trujillo para que fuese á Huexotzingo, de donde volvió con cuatrocientos guerreros. Junto á Tepeyacac (hoy Tepeaca) encontró Cortés

unos indios que conducían en una hamaca el cadáver de Cristóbal Pinelo, soldado de Don Hernando, que había desertado con el propósito de incorporarse á las fuerzas de Narváez y al mismo que Cortés mandó perseguir con orden de que le mataran.

Á quince leguas de Cholollan halló Don Hernando á Fray Bartolomé de Olmedo, quien volvía de su misión á Cempoalla. Traía el religioso una carta de Narváez para Don Hernando, á quien informó detalladamente de cuanto había inquirido y observado en el campo de Narváez.

En Guecholac se presentó á Cortés, Alonso de Mata, en compañía de Bernardino Quesada y tres castellanos más. El primero era escribano y los demás testigos enviados por Pánfilo de Narváez, para notificar las provisiones. El mensajero se había olvidado de llevar el título que lo acreditara como escribano del rey, y de esta falta se aprovechó Don Hernando para estorbar la notificación y ganar á los comisionados con sus dádivas y agasajos.

Juan de Limpias, Porras y Francisco Bonal, espías que Cortés mandó desde México al campo de Narváez, se le presentaron en Ahuilizapan (Orizaba) para darle cuenta de lo que habían visto en el campamento. Cerca de Cuautochco (Huatusco), encontró Don Hernando á Guevara, Juan de León y Andrés del Duero, que le llevaban una carta de Narváez y los mandamientos anteriores, aunque un tanto modificados. No aceptó Cortés los conciertos que le proponía Narváez, máxi-

me cuando descubrió más tarde, por un aviso que le dió el Padre Olmedo, los siniestros propósitos que abrigaba su enemigo. Se decidió, pues, á ganar á Juan León y resolvió acortar la distancia que lo separaba de su adversario, para lo cual se situó en Tampanequita, lugar donde se le reunió Gonzalo de Sandoval con sesenta hombres de la guarnición de la Villa Rica. Desde allí escribió nueva carta á Narváez, manifestándole que tenía libertad para irse á poblar otra tierra y que debía abstenerse de fraguar alborotos, agregando que tenía derecho para castigar desacatos, y dirigiéndole un emplazamiento. La misma fué confiada á Fray Bartolomé de Olmedo, quien provisto de cartas secretas para otras personas y regular cantidad en alhajas para regalos, partió de nuevo al campo enemigo. Una vez en el campamento de Narváez, repartió Fray Bartolomé las cartas y joyas como Don Hernando se lo había indicado, y comenzó á sobornar á la gente. Sabedor Narváez de los manejos del Padre, quiso ponerlo preso, pero disuadiéronle de esa idea Andrés de Duero y otros, dándole por razón el doble carácter que tenía el religioso, tanto por su sagrado ministerio como por ser embajador. Tal arte se dió el Padre Olmedo, que logró se diera lectura ante los soldados á la carta de Cortés, lo que motivó la ira de Narváez y el concierto para quitar la vida á Don Hernando, y que se frustró merced al aviso que, como antes se dijo, le diera Fray Bartolomé; este hábil negociador supo captarse la amistad de todos los par-

ciales de Narváez, y merced á esta diligencia, ayudó poderosamente á su señor. Cortés se adelantó á Mictlancuautla, donde se le juntó el soldado Tovilla, que, procedente de la provincia de Chinantla, llegó con trescientas picas y doscientos indios de carga.

Andrés de Duero llegó á Mictlancuautla, para conferenciar con Don Hernando; éste, con su sagacidad reconocida, poco trabajó para inclinarlo á sus planes, y concertado con Duero, envió ante Narváez á Juan Velázquez de León, ordenando poco tiempo después que se pusiera en marcha la gente. La conferencia de Narváez con Velázquez de León, lejos de producir un avenimiento, dejó los ánimos de los dos parientes en peor estado que antes.

Al aproximarse Cortés al río de las Canoas, uno de los corredores del campo dió aviso de que venían varios hombres á caballo: eran Velázquez de León y el Padre Olmedo, y Juan del Río que regresaban al real de Cortés, trayendo cartas de Narváez y Andrés de Duero. El primero continuaba en su misiva la serie de sus amenazas á Don Hernando, y el segundo le ponía sobre aviso acerca de los riesgos que podía tener en sus intentos. Los cempoaltecas espiaban los pasos de Cortés para advertir á Narváez; y un soldado, llamado el «Galleguillo,» que desertó del campo de Narváez, informó á Cortés de las disposiciones que tomaba su adversario. Poco después tuvo lugar el encuentro entre las dos huestes, cuyos resultados son bien conocidos.

Vuelto Cortés á la capital, comenzó el segundo período de la conquista, en que la actitud enérgica de los méxica, hizo cambiar la faz de aquella empresa colosal, que costó la vida y el imperio al débil Moc-tecuhezoma y que puso en peligro muchas veces la existencia del conquistador y el éxito de sus hazañas.

Todo el período anterior á la consumación de la conquista, que hemos someramente reseñado, ofrece en sus detalles, un cuadro fiel del sistema de comunicaciones entre los indios, sistema que, como antes afirmamos, sirvió á maravilla á los conquistadores para el logro de sus audaces proyectos.

No hay sino detenerse á examinar la fácil manera con que merced á dicho sistema de Correos, diestramente aprovechado por Cortés, este cauteloso guerrero supo mover y concentrar sus fuerzas, perseguir desertores, despachar emisarios y utilizar los tamenes en la conducción de su material de guerra, valiéndose de estos mismos recursos, á fin de proveerse de picas y bastimentos para su gente; no hay sino observar las importantes é inauditas obras que llevó á término, como la construcción de embarcaciones y el transporte de sus bergantines por tierra de Anáhuac, hasta conducirlos al lago, para lograr la rendición de la Gran Tenoxtitlán; no hay sino ver todo esto, decimos, para persuadirse de la imposibilidad de llevar á buen término tan poderosa aventura, si en vez de dar con pueblo organizado y regido por leyes é instituciones avanzadas, diera con multitudes guerreras y siempre

hostiles que negaran víveres á los recién llegados, obstruyeran sendas y acumularan á cada paso del conquistador los obstáculos que podía ofrecer un continente nuevo, desconocido, mudo como el esfinge y misterioso y aterrador como el abismo.

XI

Hemos procurado, hasta donde nos ha sido posible, aprovechando los datos que nos suministra la historia en el período que acabamos de recorrer, bosquejar un cuadro del sistema de comunicaciones usado por los indios de Anáhuac. Preciso es ahora dar aquí una noticia, aunque breve, sobre lo que fueron en la antigüedad los correos que sirvieron en los pueblos más célebres del mundo:

“La creación de los correos en Egipto, dice Reginat Stuard Poole, se atribuye al rey Tesosthros, segundo monarca de la dinastía III, como también se le atribuyen las primeras construcciones en piedra labrada y cortada, el cultivo de la medicina y el de las bellas letras. Tesosthros debió reinar por los años de 4730 al 4700 antes de Jesucristo. Los papiros eran llevados por correos á pie, y estos peatones tenían puestos establecidos que correspondían unos con otros.”

Cuando el caballo aparece en la historia, se produce una verdadera transformación, un cambio radical en los medios de transporte; y tanto el ejército cuanto el labrador y el magnate, pronto hicieron uso del noble animal. El peatón correo fué substituido naturalmente por el correo montado, y el labrador comenzó á servirse del caballo y reemplazó con él á los bueyes para las operaciones agrícolas y el arrastre de carros.

Cuenta un notable historiador, que los gobernadores de las colonias egipcias tenían obligación de dar un parte diario referente á los sucesos ocurridos en sus respectivos distritos, y los comerciantes del Egipto escribían también á sus correspondientes fenicios, pidiéndoles diferentes mercancías, por ser en aquel tiempo la Fenicia el país de más desarrollo comercial.

Cuantos autores han escrito sobre los tiempos primitivos del correo, citan á Herodoto, el padre de la Historia, quien, refiriéndose á la manera usada por los persas para transmitir sus mensajes, dice que tenían peatones y ginetes escalonados de distancia en distancia y en estaciones especiales establecidas en los caminos con el objeto de llevar, sin pérdida de tiempo, con discreción y gran celeridad, los mensajes que se les confiaban y que habían de pasarse unos á otros y sucesivamente de boca en boca ó de mano en mano hasta que llegasen á su destino. Los persas llamaban *angareion* á esta cadena de hombres que venía á constituir una especie de servicio postal embrionario y que se